

MIQUEL CARANDELL BARUZZI (2021). *The Orce Man Controversy, Media and Politics in Human Origins Research*. Leiden, Boston: Brill, Cultural Dynamic of Science; 3, 252 p. ISBN: 978-90-04-43149-2

El libro de Miquel Carandell Baruzzi analiza críticamente la polémica desatada en el mundo de la paleontología a partir del descubrimiento del llamado «hombre de Orce» en 1982. Su intención no es solo describir pormenorizadamente los acontecimientos ocurridos entre aquel año y prácticamente nuestros días, sino también proponer que, aunque parezca que el caso sea excepcional en el desarrollo de la ciencia, en realidad no lo es, y que la controversia es parte de la práctica científica. Para esto, como se indica en el título completo del libro, se estudia con cierto detalle cómo este litigio científico se dirimió en parte en la prensa y cómo la política influye en los debates que en teoría son impermeables a esta. El libro, que está basado en la tesis doctoral del autor presentada en la Universitat Autònoma de Barcelona en 2015, sigue así una de las líneas iniciadas en su equipo de investigación, principalmente representada por el trabajo de Oliver Hochadel en obras como *El mito de Atapuerca* (Edicions UAB, 2013).

A lo largo de la obra se resaltan tres aspectos que no son completamente excluyentes entre sí: la política, la controversia y los medios de comunicación, siendo uno de los principales objetivos del trabajo el ahondar en las relaciones entre la práctica científica, la diseminación de la ciencia al gran público y la política. Para el análisis de estas en la España de aquellos años, el autor se adentra en lo que fue la nueva construcción política de España a través del establecimiento del Estado de las Autonomías en los primeros años tras el fin de la dictadura militar franquista, el éxito rotundo del PSOE en las elecciones generales de 1982, y la nueva libertad de prensa. Es precisamente esta última la que cobra una especial relevancia en el desarrollo del libro, dado que, como hemos ya apuntado, parte de la polémica se zanjaría en los periódicos. De la importancia que a los medios de comunicación le daban los protagonistas es prueba el que varios de ellos guardaran en sus archivos recortes de prensa con noticias en las que se mencionaba

su investigación. Según Carandell, ello manifiesta cómo los límites entre la ciencia y la difusión a través de los medios de comunicación es más fluida que lo que en principio se pudiera suponer, algo ya estudiado por investigadores como Marianne Sommer o el dossier publicado en *Centaurus* por el autor junto con Oliver Hochadel y Clara Forensa en 2016. La propuesta es que, en esta controversia, los periódicos y las revistas se convirtieron en lugares en los que presentar el conocimiento no solo a la sociedad sino también a los colegas.

La importancia del estudio no reside en averiguar quién tenía la razón en la polémica desatada a partir de 1982, sino indagar esta en sí misma: las estrategias que convierten en creíble o no una propuesta ante la comunidad científica y el público en general, los medios que se emplean para iniciarla y para luego mantenerla, y las circunstancias que rodean todos estos hechos. El análisis de las controversias sirve también para explorar los aspectos sociales de los procesos científicos y examinar los mecanismos que hacen funcionar la ciencia. Como explica el autor, la paleontología o la prehistoria no están exentas de polémicas como lo demuestran el caso de Altamira o el del niño de Taung, ejemplos que fueron repetidamente empleados por Josep Gibert, el principal protagonista de la defensa de la naturaleza humana del fragmento de calota supuestamente humana encontrada en Orce. Se trae a colación igualmente la controversia del Devónico examinada en el magnífico y ya clásico trabajo de Martin Rudwick, y aquella relacionada con el supuesto descubrimiento de la Fusión Fría, ya que le proporcionan herramientas analíticas útiles para estudiar su caso.

El libro se estructura en siete capítulos desgranándose, tras la introducción, en los cuatro primeros los acontecimientos ocurridos siguiendo un orden cronológico y adaptándose a las etapas de descubrimiento, controversia, conferencia y final de la polémica. A estos capítulos le sigue otro en el que se describe un caso semejante en Brasil y aún uno más con el título de “coda” en el que se detalla un descubrimiento posterior realizado, de nuevo, en Orce. Carandell se inspira para este trabajo en la metodología simétrica del sociólogo británico David Bloor, que propone que “el historiador o sociólogo debe aplicar las mismas explicaciones a las afirmaciones científicas que se consideran verdaderas que las que se consideran falsas, ya que ambas están formadas y construidas por los mismos procesos sociales” (pág. 3). En referencia a las fuentes empleadas para el análisis de la controversia, ocupa un importante lugar la consulta de la prensa, complementándose esta con otros documentos como artículos académicos publicados, archivos, grabaciones de sonido e imagen y entrevistas.

La historia comienza con la excavación en 1982 del yacimiento arqueológico de Venta Micena, en la municipalidad de Orce, en Granada, por parte de tres jóvenes investigadores de Sabadell: Jordi Agustí, Josep Gibert y Salvador Moyà-Solà. A los tres los ha dirigido su tesis doctoral Miquel Crusafont, catedrático de antropología en la Universidad de Barcelona y fundador del entonces llamado Instituto Provincial de Paleontología de Sabadell, institución en esos momentos con un futuro incierto debido al momento de cambio político que se está experimentando en esos años. En la excavación realizada en el verano de 1982

se realiza un hallazgo aparentemente poco significativo: hueso de cráneo, de unos 8 cm de diámetro. La importancia de este fragmento no se hará evidente hasta su limpieza parcial unos tres meses después por Moyà-Solà al identificarlo como humano. Dado que otro miembro del equipo, Agustí, había datado el estrato por bioestratigrafía en 1,4 millones de años, el pequeño resto óseo se convierte así repentinamente en la evidencia directa más antigua de la presencia humana en Europa.

A pesar de que la limpieza del hueso solo ha sido parcial, dado que la parte interior de la calota todavía tiene roca adherida y por tanto su inspección no es aún posible, varios expertos, no solamente catalanes sino también franceses, confirman la naturaleza humana de la misma. Con este apoyo de científicos de reconocido prestigio, los autores del hallazgo publicarán un artículo científico en la revista del mismo instituto, *Paleontologia i Evolució*, además de un primer artículo de prensa en el periódico local el 4 de junio de 1983, al que seguirán muchos otros en los siguientes días. Se organizan entonces conferencias de prensa en Sabadell, Granada y una presentación en Orce. La entusiasta recepción lleva a que los políticos aseguren el futuro del instituto y de la excavación. A los tres descubridores, además, se les hace fijos de plantilla. Tras una invitación de Crusafont al matrimonio formado por Henry y Marie-Antoinette de Lumley en agosto de 1983, estos visitan la excavación brindando en el bar Mari Cruz de Orce “por el primer europeo” y acordando escribir juntos una publicación científica sobre el hallazgo. En la posterior visita que Gibert hace al laboratorio de ella en Marsella se acordará su retorno cuando haya conseguido liberar la parte interior del hueso de la adherencia rocosa que todavía seguía adherida. Mientras tanto los políticos continúan utilizando el gran hallazgo del supuesto primer europeo para sus propias estrategias, para “hacerse la foto” con personajes importantes. La limpieza del interior de la calota, sin embargo, deparará en abril de 1984 una sorpresa nada esperada: una cresta inexistente en cráneos humanos.

El descubrimiento de esta cresta lleva al segundo capítulo, el de la controversia. A principios de mayo de 1983 Gibert acude de nuevo a Marsella ahora llevando consigo el hueso ya limpio por sus dos caras para ser examinado por Marie-Antoinette de Lumley. Esta visita tiene, según Carandell, una lectura desde el imperialismo científico, por el que la importancia de un descubrimiento queda reforzada por su aceptación por científicos de una metrópolis colonial (incluso si esta se refiere a un imperialismo informal). También muestra, sin embargo, la forma en la que los actores pueden ignorar las opiniones de los científicos imperiales cuando estas no les interesan. Esto es lo que ocurre en Marsella entre los días 3 y 5 de mayo de 1984, y luego en París el día 10, al dudar Marie-Antoinette de Lumley del carácter humano del fragmento e indicar su probable pertenencia a un cráneo de equino. Gibert, sin embargo, se niega a aceptar la opinión de la especialista francesa y rechaza el consejo que le dan de hacer pública su equivocación. En todo caso la noticia se filtra a la prensa: el día 12 de mayo el periódico *El País* presenta como titular que existen “serios indicios de que el cráneo del “Hombre de Orce” pertenece a un asno”. Gibert se defiende indi-

cando que muchos y reconocidos expertos le habían dado la razón en los meses precedentes y que la antigüedad del yacimiento de Venta Micena está fuera de toda duda. Como explica el autor, la controversia tendrá su reflejo en revistas de todo tipo, canciones compuestas por bandas musicales famosas y viñetas entre otros, que muestran el impacto de la polémica en el gran público.

En 1985 la controversia se ahonda tras la extracción de unas muestras por parte del inmunólogo Enrique García-Olivares, que lleva al hallazgo de albúmina y por tanto a la reiteración de la opinión de que fragmento craneal es humano (algo que años más tarde sería corroborado por el descubridor de la técnica, el estadounidense Jerold Lowenstein). El hallazgo ese mismo año por el mismo equipo de investigación sabadellense de una falange humana datada en 1-1,5 millones de años en Cueva Victoria (Murcia) parece también apoyar la posibilidad de presencia homínida en el sur de la Península Ibérica en estas cronologías tan tempranas, aunque también se acusa a los descubridores de publicar de forma excesivamente precipitada. Cuando se realice una nueva excavación sin permiso de Cueva Vitoria en octubre de 1985 llegará el escándalo, puesto que la ilegalidad lleva a que siete miembros del instituto sean desalojados del yacimiento por la guardia civil. Como consecuencia, Gibert perderá el cargo de director del instituto, pasando el puesto a ser ocupado por su colega Jordi Agustí. La buena racha del equipo parece haberse acabado: no se concede el permiso de excavación para Venta Micena para la campaña de verano de 1987 y a esto y a otras críticas reaccionará Gibert identificándose como un científico aislado que, citando a Thomas Kuhn, es víctima de la resistencia que los nuevos paradigmas encuentran en ciencia. A pesar de todos los problemas, Gibert todavía cuenta con un cierto respaldo internacional, pues es bien recibido en el primer World Archaeological Congress celebrado en Southampton en 1986. Esto no cambia mucho su situación, sin embargo, ahondándose su aislamiento a finales de 1987 cuando Agustí y Moyà-Solà reconozcan que habían cometido un fallo al afirmar sin la suficiente base científica que era humano el fragmento de cráneo encontrado en Orce en 1982.

Tras el capítulo en el que se expone la controversia entre los años 1982 y 1987 al que se ha aludido en los dos párrafos anteriores, el capítulo 3 se enfoca en la conferencia internacional organizada por Gibert en septiembre de 1995 y los eventos posteriores a la misma. El texto comienza, sin embargo, explicando los nuevos e importantes descubrimientos producidos en los años previos a la reunión en los sitios de Atapuerca, Ceprano, Boxgrove, Cabezo Gordo y Fuente Nueva 3. Los nuevos análisis de albúmina de Jerold Lowenstein pertenecen también a este periodo, así como la apertura del *Museo de Prehistoria y Paleontología* en Orce, una institución que sorprende dado el reducido tamaño de la población donde se ubica: poco más del millar de habitantes. También en este periodo intermedio se produce la publicación de Paul Palmqvist Barrena sobre análisis fractal, que parece ratificar la naturaleza humana del fragmento de cráneo granadino, naturaleza que se confirmaba aún más al observar una cresta semejante a la de Orce en un cráneo de *Homo ergaster* del sitio de Koobi Fora cercano al lago Turkana, el denominado como KNM-ER 3733. Por últi-

mo, antes de la conferencia, en 1995, Gibert también conseguirá que le den un permiso para excavar de nuevo en Venta Micena.

A la conferencia celebrada entre el 3 y 7 de septiembre de 1995 invita Gibert a una serie de reconocidos paleontólogos, algunos favorables y otros no, al hallazgo de Orce y, aunque no todos asistirán, la conferencia no solo será un triunfo por la asistencia de gran número de participantes —unos 200— sino que también recibirá la atención de los medios de comunicación. Por un breve periodo parece, por tanto, que Gibert ha logrado que el mundo científico reconozca el carácter humano del fragmento del cráneo de Orce. El éxito de la conferencia, sin embargo, no será duradero, como explica el capítulo 4: aparecen nuevos artículos en contra en la prensa y se publica un nuevo estudio fractal en el que el mismo autor del anterior se retracta de sus primeras conclusiones, lo que hace sobre la base de nuevos datos más precisos que los recibidos en un primer momento para llevar a cabo el trabajo científico anterior. Se le pide entonces a Gibert que la calota sea depositada oficialmente en el museo, pero aparentemente este reacciona diciendo que “el cráneo es mío e irá conmigo donde yo vaya”. Pese a su resistencia, finalmente en 1998 el hueso objeto de la controversia hará su viaje de Sabadell a Orce. Carandell menciona entonces que en los siguientes años Gibert sufrirá un progresivo aislamiento, estando privado de permisos para dirigir excavaciones y manteniéndosele marginado en su instituto. A pesar de ello, en 2005 se le concederá la medalla Narcís Monturiol que premia su contribución al progreso científico y tecnológico de Cataluña. Dos años más tarde todavía recibirá el apoyo de científicos importantes de la estatura de Domènec Campillo y Emiliano Aguirre. La controversia, sin embargo, acabará solo con su fallecimiento en octubre de 2007.

Tras un breve desvío realizado en el capítulo 5 en el que el autor se detiene en Brasil, trasladando su atención a la controversia levantada por los hallazgos del supuesto primer americano en Pedra Furada, en la que el autor ve evidentes paralelos con la de Venta Micena, Carandell retorna a Orce en el capítulo 6. Aquí relata el hallazgo a principios de los años 2010 del llamado “niño de Orce”. Este se produce en unos años en los que la comunicación de la ciencia al público ha cambiado profundamente con la aparición de las redes sociales y la expansión del mundo digital. El hallazgo del diente de leche humano aparecido en el sitio de Barranco León se presenta en una conferencia de prensa, siendo a los pocos días publicado por los excavadores en un artículo científico en el *Journal of Human Evolution* en el que el nombre de Gibert no aparece. Esto llevará a una queja que supondrá la confiscación temporal del artículo decidida por Elsevier a los veinte días de la publicación (p. 174). Se analiza entonces el eco que esto tiene en foros como el de *Prehistoria y Vida*, o blogs como *El Niño de Orce* y *Retraction Watch* y en la revista científica digital de divulgación *Materia*. El artículo científico finalmente reaparecerá de nuevo ya incluyendo un cierto reconocimiento a la labor de Gibert.

En el capítulo de conclusiones se vuelven a mencionar algunas de las ideas expresadas en la introducción empleando ahora los datos desgranados en los capítulos 2 a 6. Se men-

cionan, como ya se hizo al inicio del libro, y de forma casual en los capítulos de desarrollo, una serie de teorías propuestas por sociólogos de la ciencia, empleándolas para explicar determinados aspectos analizados en el libro, aunque no todas las referidas en la introducción encuentran su correspondencia en las citadas en la discusión. Lo cierto es que, pese a los esfuerzos de integrar una serie de teorías propuestas por historiadores de la ciencia fundamentalmente foráneos, el volumen, más que sostenerse sobre planteamientos teóricos, se vertebra en torno a una dominante narrativa cronológica. En ocasiones casi da la impresión de que las teorías se escogen *ad hoc* para apoyar la explicación de un evento u otro. Esto supone una diferencia importante con la forma quizá más sistemática en cómo se afronta una temática determinada en el mundo angloparlante, y este alejamiento del modelo anglosajón también se percibe en la falta de adecuación del esquema seguido habitualmente en otros países por el que cada capítulo acaba con una reflexión sobre lo relatado en el mismo. Otra cuestión que creo que debería haberse integrado, y cuya inclusión pienso debería haber sido de obligado cumplimiento, es la temática del género. Para los (y las) que reflexionamos con cierta frecuencia en estas cuestiones, no deja de chocar el carácter profundamente masculino de la controversia: los protagonistas son prácticamente todos hombres, en el matrimonio de los Lumley el importante es él, aunque ella sea la verdadera experta a la que llevan el cráneo, e incluso los restos son masculinos, cuando no hay nada que indique que estos no pudieran haber sido de una mujer o niña de Orce. La inserción de la temática de género en nuestros análisis es una cuestión de ética que no debe depender del género del que escribe, puesto que todo lo acontecido demuestra, además del papel de la prensa y la política, una exclusión evidente y no inocente del papel de la mujer en la ciencia y en la historia.

El libro de Carandell merece una lectura atenta, que permita absorber todos los detalles sobre los acontecimientos ocurridos en relación al descubrimiento del supuesto hombre (o mujer) de Orce. Para los historiadores de la paleontología, tan acostumbrados a concebir la evolución de su disciplina de una manera prácticamente lineal, este trabajo supone una bocanada de aire fresco puesto que muestra las complejidades de la aceptación o el rechazo de nuevas ideas y hallazgos de carácter paleontológico. Además, expone críticamente cómo el contexto académico, social y político y la personalidad de al menos algunos de sus protagonistas también influyen en el discurrir de la ciencia. Su publicación en inglés en una editorial de carácter internacional permitirá además a autores menos familiarizados con el contexto catalán y español acercarse a la investigación en sociología de la ciencia que se está realizando en el país.

Margarita Díaz-Andreu
ICREA y Universitat de Barcelona